La desertificación del corazón comercial de San Rafael

22/03/2026

La historia de las ciudades suele leerse en el pulso de sus centros comerciales. La vidriera no es solo un espacio de exhibición de mercancías, sino un espejo que devuelve, con una nitidez a veces cruel, el estado de salud de la sociedad que la transita. Hubo un tiempo en que el centro de San Rafael era un ecosistema vibrante, un punto de encuentro donde el intercambio económico tejía lazos de pertenencia y movilidad social. Hoy, ese paisaje se ha transformado en una sucesión de persianas bajas y carteles de alquiler que, más que una oferta inmobiliaria, parecen epitafios de un modelo de consumo que se desmorona frente a nuestros ojos.

La crisis que atraviesa el comercio local no es un fenómeno

meteorológico ni una fatalidad del destino; es la consecuencia directa de una tenaza económica que asfixia tanto al propietario como al consumidor. Por un lado, asistimos a una caída fenomenal del consumo que ha vaciado los locales de clientes; por otro, los comerciantes enfrentan una presión de costos fijos que desafía cualquier lógica de supervivencia. En este escenario, el aumento indiscriminado de los cánones de alquiler ha dejado de ser una actualización de valores para convertirse en una barrera de expulsión. Propietarios que prefieren el local vacío antes que ajustar sus pretensiones a la realidad de una rentabilidad inexistente están colaborando, quizás sin advertirlo, con la desertificación urbana de nuestra ciudad.

La postal es desoladora. Lo que antes eran puntos de referencia de la actividad económica regional hoy son huecos oscuros que apagan la vida de las veredas. Esta lógica, que se ha profundizado de manera dramática desde la implementación de las actuales políticas nacionales, ha roto el equilibrio del mercado interno. No se trata simplemente de una mutación hacia el comercio digital o periférico; es la desaparición de unidades productivas que daban empleo y sostenían la dinámica de servicios de nuestro departamento. Cuando un local cierra, no solo se pierde una marca; se rompe una cadena de proveedores, se extingue un puesto de trabajo y se debilita el patrimonio de la comunidad.

La reflexión sobre este presente nos obliga a mirar más allá de la urgencia fiscal. Si el corazón comercial de San Rafael deja de latir, lo que queda es una ciudad dormitorio, despojada de su identidad productiva y vulnerable a la precariedad.

Mirar hacia las persianas bajas y pretender que es un ciclo natural de la economía es una forma de ceguera política. De continuar esta pendiente, el silencio de los locales vacíos terminará por convertirse en el sonido dominante de una región que ve cómo se desvanece uno de sus motores históricos de

crecimiento.